

EDITORIAL

LA FUENTE DE LA PAZ

LA paz social, tan necesaria en España y en el mundo, no puede provenir, como falsamente lo esperan algunos sociólogos mecanicistas, ni de la abundancia enorme de producción, ni de la organización gigantesca que de la misma lleva adelante el espíritu humano. Los países pobres contemplan con asombro los avances y la técnica de los grandes; sus cuantiosas masas de capital, sus enormes equipos de obreros; sus fabulosos sindicatos y sus cifras astronómicas de renta nacional.

Un aumento de producción va absorbiendo más y más trabajo, sigue elevando la prosperidad material del pueblo, lo va perfilando en sus mejoras temporales. Pero ello sólo no basta.

De la enorme y ordenada producción económica a la paz social hay un salto tan grande como del cuerpo al espíritu; como del instinto a la inteligencia; como de la sensación a la voluntad. El espíritu necesita otras recetas distintas del cuerpo y es preciso dárselas de más perfecta manera.

Dios, enseña Pío XII (*Alocución de Navidad de 1952*), cura las dolencias de la humanidad enferma infundiéndole el espíritu divino de la gracia creadora de un orden sobrena-

tural, y al mismo tiempo estableciendo con ella un *contacto* personal. Para eso vino al mundo.

* * *

Pero a esta fabulosa organización económica—se dirá— se superpone otra no menos grande de seguridad social que por toda una serie de instituciones sociales modelo pretende liberar a la humanidad del hambre y de la miseria.

¿De ahí no podrá nacer la paz social? Tampoco. La paz social no puede provenir de un control social por riguroso que sea; ni de unas fantásticas organizaciones de seguros y de colocación, pongo por ejemplo; ni de una red inmensa de instituciones destinadas a aligerar al hombre los males materiales; así como tampoco de un puro instinto vital que deje a cada cual en libertad absoluta de buscar y encontrar su camino para salir de la miseria y de la incultura, del desorden intelectual y de la apatía moral.

El puro control social empequeñece al hombre desproveyéndole del afecto que, como ser humano, tiene que dar y recibir a su tiempo. Como deshumaniza al hombre la organización técnica de la vida moderna convirtiéndole en mero engranaje del rodar de la producción. Porque aun teniendo ésta abiertas puertas de asilos y hospitales a ancianos y heridos necesitados de la medicina del cuerpo y del calor suave del ambiente, sin embargo, los deja privados de cariño. Falta el alma, como si dijéramos, de la auténtica solidaridad humana.

“En esta época en que se llama social, en la cual, aparte de la Iglesia, el Estado, los Municipios y las instituciones públicas se consagran a tantos problemas sociales, la gran tentación aun para los creyentes, se produce cuando al pobre que llama a la puerta se le envía a la oficina o a la orga-

nización, juzgando que se ha cumplido el deber personal de colaborar a esas instituciones con los impuestos y donaciones voluntarias. Sin duda, el necesitado recibirá vuestra ayuda por este camino. Pero muchas veces él quería apoyarse en vosotros mismos, esperaba al menos una palabra de bondad y de aliento por vuestra parte. Vuestra caridad debe asemejarse a la de Dios, que vino *en persona a socorrer* al hombre. Este es el *contenido del mensaje de Belén.*" (Alocución de Navidad, 1952.)

* * *

Aquí brota la única y verdadera fuente de la paz. No confiemos demasiado en la estructuración económica del adelantamiento humano; ni nos contentemos con toda la serie de organizaciones sociales que recogen al débil desde la cuna hasta el sepulcro. Si no las deslaicizamos infundiéndolas algo de espíritu de caridad y de contacto personal, ni traemos, la paz al mundo ni trabajamos para traerla.

